

REVISTA DE LIBROS

ALTAVILLA, Enrico: "Proceso a los padres". Editorial Mateu, Barcelona, 1967; 208 págs.

Existe entre los penalistas y educadores de nuestro tiempo el tácito acuerdo de señalar a la crisis de la familia como una de las causas que directamente intervienen en la producción del fenómeno de la delincuencia juvenil. Son múltiples las teorías que han tratado últimamente de explicarse el fenómeno: sin embargo, con profundidad y claridad nada se ha escrito aún. Enrico Altavilla nos ofrece en el libro que comentamos una imagen humanísima y real del problema anteriormente aludido. ¿Es la crisis familiar el origen de la delincuencia juvenil? La pregunta es sugestiva, inquieta y, por muchos conceptos, afectiva. El ilustre profesor italiano considera, en efecto, que "es necesario y urgente explorar con amor el pensamiento de nuestros hijos, llegar a lo más recóndito de su alma, captar el alcance y la intensidad de sus sentimientos...". El programa, formulado de este modo, no encierra complejidad alguna, no obstante, Enrico Altavilla mucho antes de penetrar en el tema central del libro, se inclina a analizar cada uno de los errores que en el plano pedagógico, familiar e íntimo con mayor frecuencia cometen los padres. Por otro lado, justo es destacar que, con mayor o menor intensidad, siempre ha existido sobre la vida del hombre momentos en los que la desorientación, la fatiga y la angustia ha hecho acto de presencia. Es preciso, por tanto, que el penalista no olvide que en cada generación histórica siempre ha existido un punto de crisis, bien espiritual bien material.

La vida moderna se ha hecho agitada, excesivamente dinámica y excesivamente intensa; no queda tiempo para ocuparse y preocuparse de las pequeñas cosas y de los problemas de aparente insignificancia, por ejemplo, de los "diminutos" problemas del niño y, en especial, de los más serios del joven. La crisis familiar, en cierto modo, no es crisis de comprensión o de falta de amor, de sacrificio o de interés. La crisis familiar es fruto de la inquietud del hombre ante la infinitud de los problemas materiales que, en todo momento, pueden afectarle. Independientemente de lo hasta aquí expuesto, sabido es que "el hombre es un ser continuamente en crisis. Su avance en la vida supone siempre una escisión, en algo que se acepta y algo que se deja. No es posible vivir sin tal propulsión". Este dilema, pues, se presenta en la vida familiar, en donde, naturalmente, es preciso atender a unos problemas, aparentemente los más graves, y sacrificar la solución de aquellos otros que, como la educación de los hijos; en principio no lleva ni siquiera aparejado el matiz o el estigma de lo problemático.

¿Quién conoce a nuestros hijos? Se pregunta el profesor Altavilla. "Son los hijos de una sociedad en transformación, cuanto más rica, más pobre en tradiciones, y más confusa en sentimientos." A los ojos del penalista la vida rara vez muestra sus rasgos humanitarios, sus cualidades afectivas, su auténtico valor. Para el hombre acostumbrado a observar la existencia a través de la

perspectiva de los preceptos penales es difícil, casi imposible, que alcance a ver un poco más allá de los límites rigurosos, exactos e inimpugnables de los artículos del Código. Por eso, ante los problemas que depara la delincuencia juvenil, se acostumbra a generalizar sin matizar lo más mínimo la expresión "*delincuencia juvenil*", pues, efectivamente, cuando se habla del problema de la juventud, cabe preguntarse —alguien lo ha hecho ya en nuestros días—, ¿cuál es, a estos efectos, la juventud más representativa? ¿Cómo pormenizar y clasificar los datos confusos que nos llegan del exterior, en forma noticiosa e incoherente, con la experiencia personal y la información empírica que se tenga? ¿Acaso es posible aislar el problema de la juventud del contexto general de la sociedad, concretamente, del problema de la infancia y del problema de los adultos?

He aquí, por tanto, los dos extremos entre los que el pensamiento del profesor Altavilla inicia su singladura filosófico-pedagógica. Por un lado, el niño; por el otro, el joven, es decir, dos mundos completamente diferentes que, en cierto modo, sin distinción de lugares y ambientes, constituyen al "*ídolo de los ídolos*" de la familia. En el niño y en el joven se concentran el cariño, la esperanza y la ilusión familiar ante el futuro, de unos y de otros, pues depende, en cierto modo, el auge o la decadencia de la familia de nuestro tiempo, puesto que, en definitiva, creemos que resulta bastante difícil aislar los problemas del niño y del joven de aquellos otros que embargan el ánimo de los adultos. Por eso, recientemente, ha escrito Eduardo Tijeras que "los conceptos de la infancia, juventud y madurez no son absolutos, sino relativos y en continua transformación y correspondencia entre sí. Unos se apoyan en otros, unos sustituyen a otros, y si los primeros se revelan contra los segundos, esto quiere decir que los segundos condicionan o provocan el supuesto problema de los primeros."

En todo caso, no podemos ignorar que existen otras muchas causas que han originado la crisis familiar y, por ende, han provocado el fenómeno de la delincuencia juvenil, pues, naturalmente, se peca por exceso y por defecto. El profesor Altavilla no duda en señalar en las páginas de su libro que "perdido el viejo equilibrio, abierto el "cálido nido" a todas las corrientes, la familia se encuentra en crisis, debatiéndose entre el respeto por los valores tradicionales y la idolatría de aquellos nacidos en la nueva civilización del bienestar, cuyas transformaciones tan rápidamente inducen a algunos padres a sentirse como eclipsados en cuanto a sus hijos. Nos referimos a esos padres que no tienen valor para transmitir a sus pequeños los conceptos que inspiraron su propia vida." Por cuanto antecede, resulta fácil comprobar que, en nuestro tiempo, el niño empieza a ser tratado de manera más "*democrática*" y se tiene mucho más en consideración sus deseos que en épocas precedentes. Pero, se pregunta el autor, ¿cuántas veces en esta actitud no se encierra el egoísmo de los adultos y su remolona renuncia a educar a los hijos?

A nadie, pues, puede sorprender que la clave del problema al que nos venimos refiriendo no sea otra que el eterno conflicto entre las generaciones que se suceden. No en vano toda sucesión es difícil, insoslayable e íntimamente unida. a determinados aspectos de la antropología del ser que, por supuesto, o han sido estudiados superficialmente o, por el contrario, nadie se ha preocupado de sondear en los mismos, puesto que un elevado tanto por ciento de los conflictos

del joven responden, ha escrito Eduardo Tijeras, a su naturaleza de ser humano, es decir, a su constante biológica e histórica. Puede, por consiguiente, afirmarse que en la crisis familiar y social contemporánea se tiene la impresión de haber tocado un punto más hondo que en anteriores crisis históricas. "Incluso, puntualiza el profesor López Ibor, parece que en crisis históricas pasadas existía, más que un sentimiento de temor por el decaimiento y destrucción de los valores entonces vigente, una alegría por la aurora de otros nuevos. Eran crisis cargadas de esperanza. La característica esencial de la crisis presente consiste, precisamente, en la ausencia de esperanza. No se ve por ninguna parte apuntar valores nuevos, dibujarse una nueva imagen del hombre. La literatura actual, en lo que tiene de más específico como expresión del modo de sentir del hombre contemporáneo, es una literatura nihilista. Pocas veces, quizá nunca, en el curso de la historia, se ha logrado una expresión más profunda y más poética al mismo tiempo del proceso de desintegración de la personalidad humana. También el arte nuevo es fundamentalmente desintegrado. Lo que todavía no aparece es una imagen nueva del hombre, y éste es el problema más angustioso y desesperanzador que invade la conciencia del hombre contemporáneo. Y, sin embargo, la crisis ha de tener una salida. Quizá una de las dificultades para encontrarla es la incapacidad para tomar, en el plano intelectual, actitudes heroicas."

Según el profesor Altavilla, la crisis de la familia tiene una solución inmediata y sencilla, a saber: el mantener por encima de todo la vocación de ser "madre" y la vocación de ser "padre"; oficio, por otra parte, no exento de dificultades, supuesto que, tanto la "madre" como el "padre", han de procurar especialmente dar a la vida de sus hijos un sentido, pues sabido es que "la vida inexorablemente necesita tener un sentido". Hoy en día, el sentido de la vida, como ha escrito un destacado psicólogo, se monta sobre su trama de significaciones. La sexualidad ha perdido su capacidad de conceder sentido a la vida precisamente porque se ha depreciado. El ser humano es paradójico. Lo que no supone esfuerzo es desvalorizado. A nadie extraña, pues, que el hombre se pase la vida tratando de entenderse a sí mismo y a los que le rodean. De aquí que la educación del niño o del joven sea la tarea fundamental del matrimonio, esto es, tratar de evitar por todos los medios posibles que, ante la sociedad, adopte esa máscara de hipocresía, falsedad e inautenticidad cuyo uso frecuentemente aconseja la propia insinceridad, hipocresía y falsedad de la sociedad.

No pretende el profesor Altavilla que se eduque al niño y al joven de una manera tan científica o técnica que la inconstancia, la irresponsabilidad y la falta de personalidad sean sus características principales, por el contrario, en *Proceso a los padres*, el autor lucha por evitar que las sucesivas generaciones sean semejantes al fruto artificioso, exquisito y perfecto como los tulipanes de un invernadero.

Hay que desterrar, desde luego, la imagen que la juventud europea nos ofrece en estos momentos; una juventud escéptica, realista, inclinada a lo concreto, positivo y privado, utilitario, funcional y técnico, es decir, una juventud despersonalizada y deshumanizada en cuya formación intervino una generación de padres angustiados, pues, efectivamente, "vivir en una atmósfera angustiada es absorber angustia. Unos padres angustiados e inseguros pueden contribuir a

la inseguridad de sus hijos. Incluso llegar a ser motivo de inhibiciones intelectuales, de retrasos en el desarrollo y de dificultades escolares”.

Ciertamente, hay que procurar ser realistas, aunque sin excesos, pues por falta de idealismo el proceso actual de la juventud contemporánea es un proceso de desengaño. Naturalmente, conviene puntualizar que no toda la culpa de lo que acontece a la juventud contemporánea procede de la falta de orientación y cuidado de los padres. En defensa, por tanto, de este “proceso” incoado a los padres por el profesor Altavilla, es necesario decir que existen exteriormente al ambiente familiar otros muchos estímulos que condicionan la marcha ascendente o descendente de la infancia y de la juventud. Así, por ejemplo, volviendo a la ideología del profesor López Ibor, podemos afirmar que el “hombre busca en su realización el camino entre su animalidad y su espiritualidad. Las frustraciones de por sí no son malas, incluso diría que son necesarias para que el “yo” se edifique. La delicuescencia de la vida instintiva necesita tomar forma. Los instintos no son inmodificables. Frente a ellos se establecen los llamados mecanismos de defensa para tratar de integrarlos al “yo”. Recientemente admiten algunos autores la posibilidad de existencia de algunos prototipos defensivos fisiológicos anclados en el hombre, aunque haya otros que se establezcan por la influencia del medio. Es decir, se viene al mundo con una determinada configuración personal independientemente de que ésta se enriquezca o se empobrezca en el curso de la vida. No todo viene, pues, de fuera. No todo es psicogenia, aunque todo sea desarrollo de la personalidad.”

Por consiguiente, no fracasa el hombre de pronto, por el contrario, se fracasa paulatinamente, es decir, se fracasa creciendo y en contacto con el mundo. Sin embargo, si preexiste en el hombre el recuerdo de la familia, de la educación y de las ideas recibidas de sus padres, efectivamente, “el joven no será un desarraigado. Donde vaya, le acompañará esa huella que dejó en su formación la estructura familiar a la que perteneció.” Se requiere, por ello, y tenemos necesidad para las futuras generaciones, de padres más comprensivos y menos egoistas, que se den cuenta de las necesidades, no sólo físicas, de sus hijos. Son precisos padres, escribe el profesor Altavilla, que sientan la responsabilidad de haber dado a la vida un nuevo ser y experimenten la dicha de prepararle para la vida, moldeándole con paciencia y amor.

En definitiva, hay que adelantarnos a la confidencia, tratando de adivinar lo que piensan de nosotros y del mundo que les ofrecemos.

Este libro, entre otras cosas, nos sitúa ante la idea de revisar si el comportamiento delictivo del adolescente, comportamiento cuya observación es muy interesante para el penalista, se debe a la crisis de la educación familiar o, por el contrario, al tedio y a la desconfianza que, ante el futuro, inunda el corazón de la joven generación actual.

JOSÉ MARÍA NIN CARDONA

BARBERO, Marino: “El suicidio”. Madrid, 1966 (cuadernos Taurus); 60 páginas.

A la problemática y valoración del suicidio dedica el catedrático de Derecho penal en la Universidad de Murcia un opúsculo de no muchas páginas, pero de